

## Crítica de libros

MANDEVILLE, Bernard: *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Traducción por José Ferrater Mora. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1997. 722 pp.

De Mandeville, escritor polémico y polemista, loado y discutido en su tiempo, se ha dicho que convirtió la sátira en un «mortal artefacto de moralidades». En efecto, con una descarnada ironía clásica, analiza y describe al detalle y con cierta morbosidad todo un catálogo de hechos, conductas, actitudes y voluntades desagradables. Se ha definido su ideario como una mezcla de anarquismo filosófico y utilitarismo escéptico. No ha faltado quien, concretamente, afirmara de *La fábula de las abejas* ser el «libro más malvado e inteligente de la lengua inglesa». Durante el siglo XVIII y buena parte del XIX fue un *best-seller* excepcional. La preponderancia del romanticismo y la Santa Alianza le hicieron después caer en el olvido. Una excelente edición de la Oxford University Press, en 1924, con una ponderada introducción del profesor F.B. Kaye, y su reimpresión en 1957 devolvieron a este insólito libro su lugar en la cultura moderna. En apretada síntesis de su filosofía, valorada ésta en justicia y con objetividad, tras una serena y ponderada lectura de la obra en cuestión, se puede concluir que Mandeville no creía que *todo* vicio fuera un beneficio público; sostenía lo contrario, es decir, que todos los beneficios están basados en acciones fundamentalmente viciosas. Eso sí: no creía que pudiera jamás distinguirse entre el bien y el mal. No creía que la virtud se hubiera «inventado» arbitrariamente. Ni negaba la existencia de emociones nobles, como la compasión, etc.; simplemente, se negó a denominarlas altruista. No negaba tampoco la existencia de lo que generalmente se llama virtud; sólo sostenía que ésta no era verdadera virtud. No creía que cualquier extravagancia o derroche fuera conveniente para el Estado. No sostenía que debiera estimularse el vicio, sino que solamente algunos vicios pueden por «la diestra dirección de un político hábil trocarse en beneficios públicos» (pp. 248-267). Finalmente, aunque el libro en cuestión es «la obra de un pensador», y posee gran perspicacia y no poca astucia, no fue su propósito que se aceptara literalmente; lo ideó también, y con éxito, «para recreo del lector» (p. 8; cf p. 344). El año 1982 apareció en México su primera edición española y

en 1997 se publica la presente en España, magníficamente traducida por J. Ferrater Mora sobre la edición de 1957 de la Oxford University Press.

M. Díez Presa

DUSSEL, Enrique. *Ética de la Liberación en la edad de la globalización y de la exclusión* México-Madrid, Trotta, 1998, 661 pp.

En su último libro, Enrique Dussel actualiza su propuesta de una Filosofía de la Liberación; nos llega veinticinco años después de que comenzara su anterior obra programática: *Para una ética de la liberación americana* (5 vols.). Según el propio autor: “La presente obra es un segundo paso con respecto a aquella ética, donde se advierte una mayor presencia de lo negativo y material, con una arquitectónica racional de principios mucho más construida. Esta nueva redacción es distinta no sólo por escribirse veinte años después sino, principalmente, porque en estos años ha cambiado la situación histórica, he madurado una nueva perspectiva y se ha desarrollado un transformado discurso de la ética en la filosofía contemporánea” (p. 14).

En efecto, esta nueva *Ética* supone una toma de posición en el debate cotermporáneo, al igual que un intento por situar su propuesta desde una perspectiva *universal*, y no ya regional –la Filosofía de la Liberación de Dussel nace en 1969 en Argentina (su país natal), en el contexto socioeconómico del fracaso del “desarrollismo” latinoamericano, y bajo la influencia de pensadores como Heidegger, Levinas, la Escuela de Frankfurt, Ricoeur...; de este modo, surge como una pretensión de pensar sobre el reverso de la Modernidad, el Otro que no deja de ser Modernidad, pero que es negado por ella; se trata de una “ética de la vida” en la que se apuesta por el reconocimiento de la “víctima” (categoría que toma de Walter Benjamin, más genérica y universalizable que la de “pobre”, utilizada por Dussel en obras anteriores; de esta manera, el radio de acción de esta ética se ve amplificado: es la lucha por “*inmensas mayorías de la humanidad excluidas de la globalización*”)–. Por tanto, dialoga con las corrientes más destacadas, y que en la actualidad mantienen en Occidente una disputa en torno a la problemática universalismo-particularismo. Más aún, nuestro autor realiza un intento de superación de dicha disputa, mediante la propuesta de una “ética material universal”.

La estructura de su libro muestra la “arquitectónica” de tal ética universal: la obra se divide en dos partes, y cada una consta de tres capítulos. En la primera parte desarrolla los fundamentos, de donde extrae los tres primeros principios de la Ética de la Liberación:

El primer capítulo está dedicado al “momento material de la ética”, en donde expone y pone a prueba su principio “material universal” (el lector lo puede encontrar enunciado en la página 140). Es el momento de la “verdad práctica” de esta fundamentación: la vida humana en toda su complejidad y universalidad (lejos de cualquier “reduccionismo” de la misma, como en el caso de los vitalismos irracionistas surgidos a partir del siglo XIX). Previamente, en este capítulo ha entablado diálogo crítico con las diversas éticas materiales en boga (utilitarismo, comunitarismos, éticas de los valores, de la felicidad...), mostrando su pertinencia pero también su insuficiencia.

El siguiente capítulo se centra en la “moralidad formal”, y es donde Dussel nos presenta el segundo de los principios que sustentan su ética: el “moral formal universal”, fruto del diálogo con la mejor tradición kantiana: tanto con el propio Kant, como con Rawls y los representantes de la “re-ilustración” filosófica: Apel y Habermas. En la descripción del principio (véase la p. 214), Dussel parte precisamente de Apel<sup>1</sup> (autor que influye poderosamente en su propuesta, como lo reconoce en la dedicatoria de este libro), de su criterio de validez, pero transformándolo, con el fin de que este principio se pueda articular con el “material universal”. Así, verdad no equivale a validez, y en la propuesta de Dussel son criterios complementarios. La validez es de los acuerdos alcanzados, pero siempre regulados por el criterio de verdad alcanzado con anterioridad. Es decir, ningún consenso logrado por la “comunidad de comunicación” podrá ir en contra de la vida humana si pretende ser un consenso “bueno”.

---

<sup>1</sup> Cito a continuación la bibliografía del debate que se ha producido en la última década entre Karl Otto Apel y Enrique Dussel. El filósofo alemán ha captado el acto interpelativo del argentino, y le ha respondido en varias ocasiones. Aunque el intercambio tiene lugar en un ambiente de “parecidos de familia”, las críticas realizadas por ambas partes son intensas y se presentan sin tapujos. Los artículos recogidos en los siguientes títulos son excelentes trabajos de sus respectivos autores: DUSSEL-APEL, *Die “Lebensgemeinschaft” un die “Interpellation des Armen”*. *Die Praxis der Befreiung*, Augustinus-Buchhandlung, Aachen, 1990; DUSSEL-APEL-FORNET, *Fundamentación de la ética y filosofía de la liberación*, Siglo XXI, México, 1992; DUSSEL-APEL-RICOEUR, *Apel, Ricoeur, Rorty y la filosofía de la liberación*, Universidad de Guadalajara, México, 1993; DUSSEL-APEL (y otros), *Debate en torno a la ética del discurso de Apel. Diálogo filosófico Norte-Sur desde América Latina*, Siglo XXI-Iztapalapa, México, 1994; DUSSEL, “Globalization and Exclusion: from a Liberation Ethics Perspective” (ponencia presentada en el simposio de discusión con J. Habermas y K.-O. Apel, octubre de 1996, Saint Louis University). El debate ha alcanzado una gran madurez. Como prueba de ello, ha surgido ya una primera tesis doctoral: SCHELKSHORN, H., *Diskurs und Befreiung. Studien zur philosophischen Ethik von Karl-Otto Apel und Enrique Dussel*, Facultad de Filosofía de Viena, Viena, 1994.

El último capítulo de esta primera parte trata de la “factibilidad ética y el ‘bien’”. Es el momento de la discusión con Peirce, Putnam y Luhmann. Finalmente, asume el concepto de “factibilidad” de Hinkelammert. Se trata ahora de ganar un principio de aplicación de lo ya logrado por la reflexión, es decir, una norma “verdadera” y “válida”. Dussel se preocupa especialmente de este paso, pues constata que es aquí donde las éticas con pretensión de universalidad encuentran serias dificultades –es el caso del paso de la parte A, la comunidad ideal, a la parte B, la comunidad real, en la *Ética Discursiva* de Apel–. De esta forma, podemos encontrar su propuesta de un “principio ético de factibilidad” (igualmente universal) en la p. 270. Así, el “bien” lo logra el sujeto que actúa verdadera y válidamente, para lo cual este actuar debe ser posible, efectivo. Es ésta, por tanto, una ética cotidiana, se despliega en el quehacer diario del sujeto.

De esta manera se cierra la parte “teórica” de este libro: cruzando el puente que nos lleva al campo de la “praxis”, segunda parte –titulada “Crítica ética, validez antihegemónica y praxis de liberación”– en la que se recogen los otros tres principios de esta ética. Es la parte más original del libro a juicio del propio autor.

Las tesis propias de una Filosofía de la Liberación comienzan con la “crítica ética del sistema vigente”. Es el descubrimiento, por parte de la “víctima”, de que la norma buena, justa, se ha convertido en perversa, excluyente. Es el capítulo cuarto, donde recurre a Marx, la Escuela de Frankfurt, Schopenhauer, Nietzsche, Freud y Levinas. Es toda la temática de una filosofía *crítica* de la cultura –y de una teodicea– a las puertas del nuevo milenio, absolutamente necesaria, como contrapeso al cinismo que se desprende de la actual situación mundial: aquí, la Filosofía de la Liberación lleva a cabo la impugnación del sistema vigente –no sólo en Occidente, sino en todas partes, debido al incorrecto proceso de globalización de la economía capitalista– que ahora representa la negación del Otro, es decir, supone, en última instancia, la muerte (en diversos sentidos) de una gran parte de la humanidad. Comienza aquí el proceso de “transformación” de esta ética. Siguiendo la famosa “Tesis 11” de las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx, encauza la reflexión en un programa de praxis que cambie, desde una utopía concreta, realizable, la realidad de la “víctima”, a la vez que critica algunas posiciones hegemónicas en filosofía, que sirven de coartada ideológica para el sistema vigente. La verdad práctica del primer principio, por tanto, se convierte en la base de la crítica.

El quinto capítulo de la ética dusseliana trata de la “validez antihegemónica de la comunidad de las víctimas”, que vierte el principio “crítico-discursivo de validez”. Estamos ya en sendas no recorridas por ninguna filosofía con anterioridad, según reconoce el autor. Se trata ahora de

apostar fuerte por la víctima y, como caso paradigmático, surge desde lo Otro de la Modernidad la figura ejemplar de Rigoberta Menchú, “mujer, indígena maya, campesina, de raza morena, guatemalteca”. En este capítulo se descubre un nuevo criterio de validez discursiva, “la validez crítica de la razón liberadora” inserta en el consenso alcanzado por la “comunidad real de vida” que representa a las víctimas. Se trata de la negación de la anterior negación, esto es, la negación de un sistema, el vigente, que no reconoce a la víctima –por eso lo es– como “argumentante” en el proceso discursivo de formación de la democracia contemporánea. Por ello, es un consenso intersubjetivo alcanzado desde la “Exterioridad”, desde lo no-legal, pues esta legalidad impide, en último término, la “producción, reproducción y el desarrollo de la vida humana”, el criterio crítico-material que una ética universal debe defender hoy día, ante la amenaza, por vez primera en la historia, del exterminio real de la especie humana. La situación, pues, exige una *conscientização* (Freire), unas *ciencias sociales críticas* (el psicoanálisis y la crítica marxista de las ideologías), y la creación de un proyecto utópico concreto (Bloch).

Por último, la “arquitectónica” se cierra con el “Principio-Liberación”, el momento de aplicación crítica de la norma verdadera desde la comunidad argumentativo-racional de las víctimas. Aquí, Dussel trata la cuestión de la organización de dicha comunidad, lo que permitirá posteriormente la creación de nuevas instituciones, fruto del acuerdo intersubjetivo, en un proceso de transformación que, en última instancia y en una situación extrema, puede presentarse en forma de “revolución” –es el caso del EZLN en Chiapas–. Es toda la cuestión del “derecho de resistencia” desde el derecho al reconocimiento, pero implementado con un momento “positivo” de creación de una nueva realidad, en definitiva, de “liberación” de la víctima oprimida.

Para finalizar esta reseña, recomendamos que se lea con especial atención la Introducción de esta *Ética*, de corte histórico, que sirve de desmitificación de ciertos clichés filosóficos, hondamente arraigados en las “academias” (léase facultades de filosofía occidentales). En concreto, el nacimiento de la *conciencia ética* en Egipto –de la que es directamente deudora la Grecia de Sócrates– en dos vectores: sujeto y corporalidad. Aquí encuentra ya la Filosofía de la Liberación el principio material impulsor de su propuesta. Es igualmente destacable cómo dibuja Dussel el surgimiento de lo que él denomina “sistema-mundo” (siguiendo a I. Wallerstein) a partir de la invasión de Amerindia en 1492 –momento, igualmente, de inicio de la Modernidad–. Y por último, un apéndice en el que se recogen todas las tesis que sustentan la reflexión de su propuesta, que es de agradecer por su claridad –una buena ayuda para el lector–.

José M. Carballido Cordero

ARTIGAS, Mariano: *Filosofía de la naturaleza*. Cuarta edición renovada. EUNSA, Pamplona, 1998. 331 pp.

La filosofía de la naturaleza resurgió vigorosa, con diversas orientaciones, durante la segunda mitad del siglo XX. No quiero decir que no existiera durante la primera mitad de ese siglo. Las obras de Bergson y Teilhard son un buen testimonio de lo contrario. Pero en la segunda mitad aumentó el número de pensadores que le prestaron atención: Weizsäcker, Monod, Zubiri, Spaemann, A. Van Melsen... Indudablemente, tras estas investigaciones filosóficas late la convicción o el sentimiento de que las ciencias no bastan para explicar y comprender la naturaleza.

Lo que quizás puede extrañar más es la revalorización que hace Mariano Artigas de la filosofía aristotélica de la naturaleza. No tiene dificultad en admitir que una parte de la cosmovisión aristotélica (las teorías de los cuatro elementos, de los cuerpos celestes y sus movimientos, de los lugares naturales) recibió su certificado de defunción cuando nació la ciencia moderna. Pero esto no implica la ruina total de la perspectiva aristotélica. Las ideas centrales de la filosofía aristotélica de la naturaleza seguirían conservando hoy una gran vigencia. La sustancialidad, el hilemorfismo, la explicación de los procesos en términos de potencia y acto, las cuatro causas, la finalidad formarían un conjunto de ideas-puente que permiten conectar la física y la metafísica. Hoy se hace necesario examinar de nuevo esos conceptos a la luz del progreso científico actual.

Mariano Artigas, en la línea de su obra *La inteligibilidad de la naturaleza* (2ª ed. 1995), de una manera sencilla y clara, con una preocupación didáctica, emprende ese objetivo en este libro. Los títulos de los XI capítulos en que lo divide nos informan sobre la amplitud de su problemática: I) Introducción: La naturaleza y su estudio filosófico; II) Las entidades naturales; III) El dinamismo natural; IV) El orden de la naturaleza; V) El ser de lo natural; VI) Dimensiones cuantitativas; VII) Espacio y tiempo; VIII) Aspectos cualitativos; IX) Actividad y causalidad de los seres naturales; X) Los vivientes; XI) Origen y sentido de la naturaleza. Reflexiona, entre otros temas, sobre la repercusión de la física cuántica, de la biología molecular y de la astrofísica en nuestra concepción filosófica de la naturaleza. Como afirma, en el Prólogo, Juan José Sanguinetti, buen conocedor de su obra, Artigas logra dar en este libro «una visión filosófica de fondo de las realidades naturales del mundo material que concilia los aspectos perennes del planteamiento metafísico clásico con la nueva cosmovisión de la naturaleza que emerge de la ciencia moderna, sin un concordismo extrínseco, sino repensando los temas desde su raíz.»

Abundan los que menosprecian la neoescolástica de cualquier orientación, considerándola anacrónica y sin futuro, carente de interés filosófico. Quizás si leyeran algunos escritos de Mariano Artigas, cambiarían

de opinión. Su perspectiva, a pesar de sus límites, condicionamientos y deficiencias como toda obra humana, puede enriquecer la filosofía sapiencial, integradora de todo lo verdadero, bello y bueno que el hombre ha creado a lo largo de su historia, al servicio de un futuro abierto a una esperanza sin límites.

Ildelfonso Murillo

GOMPERZ, Theodor: *Pensadores griegos*. Una historia de la filosofía de la antigüedad. Tomo I *De los comienzos a la época de las luces*. Tomo II *Sócrates y Platón*. Tomo III *Aristóteles y sus sucesores*. Traducción de la tercera edición alemana (1910-1912) por Carlos Guillermo Körner, J.R. Bumantel, Pedro von Haselberg y Eduardo Prieto. Dirección de la presente edición: Jordi Cortés y Antoni Martínez Riu. Herder, Barcelona, 2000. 543 + 686 + 574 pp.

La historia de la filosofía griega sigue atrayendo a los investigadores. No faltan motivos para ello. Recordemos que en Grecia comenzó, de una manera definida aunque germinal, la historia de Occidente, de esta cultura que hoy se está globalizando. Todavía podemos decir hoy que nosotros somos los griegos. La Grecia antigua sigue perviviendo en nosotros, pues de las posibilidades que los griegos crearon han brotado nuestra filosofía, nuestra ciencia y nuestras tecnologías. Nos lo recuerda Gomperz con unas palabras de Henry-Sumner Maine: «A un pueblo diminuto... le fue dado crear el principio del progreso. Ese pueblo fue el griego. Exceptuando las fuerzas ciegas de la naturaleza, nada se mueve en este universo que no sea griego por su origen.» (I, p. 38) Sobre todo sapiencialmente no hemos ido mucho más allá de Platón, Aristóteles y Plotino. Los problemas últimos estaban insinuados en ellos, a veces, con mayor profundidad que en muchos filósofos posteriores.

La obra de Gomperz evoca con singular maestría, desde su situación intelectual de finales del siglo XIX y principios del XX, el pensamiento de los presocráticos, de los sofistas y Sócrates, de Platón y Aristóteles. Su investigación abarca, pues, desde los presocráticos hasta el mundo helenístico. Dedicó especial atención al análisis de los escritos de Platón y Aristóteles. Los tres tomos de *Pensadores griegos* recogen los frutos de su larga dedicación a estudios críticos y filológicos sobre la cultura griega.

Frente a las distintas tendencias del pensamiento griego antiguo, cada una de las cuales ha hecho sus aportaciones al edificio de la cultura moderna, Gomperz pretende alcanzar una plena objetividad en su análisis, crítica e interpretación. Intenta considerar, sin prevención, a todas y juzgarlas equitativamente. Su interpretación se orienta «a destacar lo esencial con la mayor nitidez y a separar lo trascendente y eterno, de

acuerdo con un criterio uniforme, de lo fútil y transitorio.» (I, p. 31) Incorpora a su obra todos aquellos sectores de la historia de la religión, de la literatura y de las diversas ramas de la ciencia, que son imprescindibles para comprender el acontecer filosófico de la antigua Grecia. La filosofía se destaca sobre el fondo de ricos colores que forman los otros elementos de la cultura, aunque, según el autor, las fronteras que separan sus dominios son absolutamente fluctuantes.

El ideal sería llevar a cabo una historia de conjunto que agotara todos los aspectos de la vida cultural de la antigüedad griega. Hacia este horizonte se mueven los esfuerzos de Gomperz. Nadie busque en su obra una historia académica o convencional de la filosofía antigua. En muchos aspectos viene a prefigurar la amplitud de enfoque que hallamos en *Paideia* de Werner Jaeger y en *Historia del espíritu griego* de Wilhelm Nestle.

Había proyectado tres tomos, de los que el tercero abarcaría tres partes: «La Stoa antigua», «El jardín de Epicuro» y «Mística, escepticismo y sincretismo». Sin embargo, de hecho, el segundo tomo adquirió tal volumen sólo con el tratamiento de Sócrates, los socráticos menores y Platón que se vio obligado a dedicar el tercer tomo a Aristóteles y sus sucesores (Teofrasto y Estratón de Lámpsaco). Le sorprendió la muerte trabajando en la elaboración de un cuarto tomo sobre la filosofía helenística. La edición castellana ha subsanado, de algún modo, esa carencia añadiendo, al tercer tomo, un capítulo titulado «Costumbres y mentalidad de la época helenística».

Con la excepción de Alemania, esta obra es recibida con entusiasmo o, al menos, con aprobación y respeto, en toda Europa. En seguida se traduce

No investiga las ideas filosóficas en abstracto, sino en función de la vida concreta de los antiguos griegos, como fruto espontáneo de su insaciable curiosidad. Proyecta el pasado sobre el presente. Dice, por ejemplo, de Empédocles: «A título de Demócrata lo respetan los adeptos de Mazzini y Garibaldi porque acabó definitivamente con el régimen aristocrático que durante tres años primiera a Acragas, y rehusó la corona de príncipe cuando le fue ofrecida.» (I, p. 268) Su estilo narrativo es brillante. La magia evocadora de ciertas páginas resulta admirable.

Se habla de la hipoteca positivista de sus investigaciones históricas. Sin negar la influencia negativa de ciertos prejuicios positivistas, que las hacen demasiado dependientes de la historiografía y de las ideas científicas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, hay que reconocer sus méritos. Gomperz supo recrear la filosofía antigua, en su contexto geográfico y cultural, con un indudable acierto.

Ildefonso Murillo



MARINA, José Antonio: *El vuelo de la inteligencia*. Debolsillo - Plaza Janés, Barcelona, 2000. 220 pp.

José Antonio Marina, con amor y con humor, intenta en esta obra, divulgativa, optimista y esperanzada, enseñar al gran público a “aprender a aprender” en todo momento, no sólo de los libros, sino de la vida misma, de los sentimientos, de las emociones. Nos introduce el prof. Marina, partiendo de las pequeñas y bellas circunstancias cotidianas, en la gran aventura de *la inteligencia armónica e integral*, que nos debe ayudar a ser más felices, mejores personas, que, en definitiva, debe ser la misma cosa.

Marina quiere escribir sobre la *inteligencia resuelta*, es decir, aquella que avanza *con resolución*, que inventa soluciones y marcha con decisión. *La inteligencia es una mezcla de pensamiento y valor*, porque “¿de qué sirve que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda?”, en palabras que Baltasar Gracián escribiera hace ya siglos.

La inteligencia es nuestro gran recurso, nuestro gran riesgo, nuestra gran esperanza. La especie humana se separó de la selva hace muchísimos años, empeñándose en alejarse de la coacción de los sentidos; la inteligencia, que es despegue y separación, nos permite ir más allá de la selva de donde venimos, de la monotonía instintiva animal, “nuestra medida es la desmesura”, lo cual ha hecho de la historia humana la crónica de la grandeza, pero también de la estupidez y la crueldad. Nuestra historia “es un indeciso juego de determinismo y libertad, de desánimo y exaltación, de generosidad y crueldad que nos mantiene en vilo, en el filo de la navaja...”

De cada uno de nosotros, de nuestros propios actos, depende la decisión de proseguir la ruta evolutiva o retroceder al berrido, al mugido, al cacareo, al bramido de la selva. La especie humana dio el gran salto sobre el animal cuando aprendió a dirigir poco a poco su complejísimo cerebro y sus acciones quedaron ampliadas, transfiguradas.

“La atención inteligente”, escribe Marina, “consiste en superar el instinto y ser capaces de decidir lo que queremos aprender... El mirar se convierte en *mirada inteligente*... La realidad está esperando que le indiquemos cuáles son nuestros proyectos para colaborar con nosotros”.

El hombre inteligente tiene *proyectos* por los que es capaz de *anticipar el futuro* por el que va a luchar. El ser humano *prevé* lo que va a suceder y entonces “dirige su acción con arreglo a una meta pensada, evaluada, decidida”.

A pesar de que algunas veces parezca que estamos *atrapados en nuestras circunstancias* (biografía, educación, temperamento...), de que estamos a punto de caer en la depresión, en la tristeza, en el abatimiento, sin embargo siempre es posible *reinventar la realidad, completarla*,

*definirla*. Las cosas adquieren propiedades nuevas cuando vamos hacia ellas con *proyectos nuevos*. Cita Marina una bella frase de Julio Cayo Lacer grabada sobre el Puente de Alcántara para definir el arte, la acción creadora y el esfuerzo humano: “Ars ubi materia vincitur ipsa sua” (Artificio mediante el cual la materia se vence a sí misma).

Cada palmo de tierra es encrucijada de innumerables caminos; cada palabra es matriz de incontables frases. El arte, la acción humana descubren posibilidades inéditas, enriquecen nuestra percepción de lo cotidiano, elevan nuestro ánimo, embellecen lo corriente, “tranfiguran el sentido del mundo, *pero no lo cambian radicalmente*”.

Es decir, escribe el prof. Marina, “aunque el arte hace cambiar el significado de las cosas a través de la Belleza y las ennoblece, sin embargo, hay que ir más allá, *hay que intentar transfigurar, cambiar la realidad misma*”. La Belleza se debe abrir al mundo de la Verdad y del Bien. Los *problemas* están ante nosotros y hay que darles una *solución*, una *salida*, una *posibilidad*. Los *problemas vitales* no basta con *conocerlos*, hay que *dominarlos*. No se puede separar, por tanto, la *inteligencia* de la *acción*, de los *sentimientos*, de la *voluntad*. En la *inteligencia resuelta* entra en juego la valentía, la decisión, el ánimo.

La inteligencia debe tener una *finalidad práctica*, que es resolver nuestros problemas vitales, afectivos y profesionales en un acercamiento permanente a la *felicidad personal*, al *bienestar social*. Por tanto, hay que hacer un *proyecto sobre nuestra inteligencia*, saber lo que podemos y debemos cambiar, y *cómo hacerlo*. El vuelo de la inteligencia debe ser tenaz, permanente, constante, para conseguir así *construirse a sí misma*.

En ese proyecto de auto-construcción la inteligencia presenta un *carácter lingüístico*, es decir, “pensamos con palabras, nos comunicamos con ellas”. Por lo tanto, el lenguaje, que recoge la sabiduría heredada de millones de siglos, se ha convertido en el gran protagonista del vuelo de la inteligencia.

La gran transformación de la inteligencia aparece cuando somos capaces de iniciar, controlar, dirigir nuestras operaciones mentales; surge entonces una *voluntad* que no es una facultad dada, hecha, sino que es “una conquista, un conjunto de habilidades construídas laboriosamente por la inteligencia”. Debemos entonces dominar los impulsos primarios, elementales, y *deliberar, conocer mejor la realidad, evaluarla*, abrir en ella caminos nuevos, superadores de la esclavizadora ignorancia.

Pero además de *deliberar*, debemos *decidir, resolver problemas* venciendo el miedo y la indecisión. Hay que ejecutar, realizar acciones concretas en *situaciones concretas*. La nueva inteligencia es “motivación inteligente”; más que facultad consolidada, es *aprendizaje* que crea hábitos fuertes, que permite aplazar pequeñas recompensas y resistir

con coraje las eventuales frustraciones y dificultades en aras de una meta, de un ideal, de un proyecto de vida.

La inteligencia es como un río, "discurre", avanza, fluye. Es como una corriente en la que han confluído multitud de afluentes y en la que *el lenguaje* ha dejado honda huella. Las palabras no sólo transmiten el modo peculiar que tiene una cultura de interpretar el mundo, sino que en ellas, en "ese territorio de propiedad mancomunada que es el lenguaje", está acumulada toda la experiencia ancestral que el hombre ha adquirido sobre sí mismo y que nos ayuda a encarar el futuro.

Ahora bien, *el lenguaje* lo podemos usar para distraernos, emocionarnos, expresar la belleza, *pero también para decir la verdad*, dando razones y argumentos que se puedan comprender y comprobar. Efectivamente, hay una gran belleza en el lenguaje formal, claro, preciso de las matemáticas, pero el proyecto de *inteligencia resuelta* por el que aboga José A. Marina va mucha más allá, *tiene que ensanchar todas nuestras perspectivas y posibilidades vitales*, tiene que resolver nuestros problemas, tiene que actuar, tiene que entrenarse, como los atletas que buscan en las Olimpiadas el "más fuerte, más alto, más rápido", para *construir nuestra vida de forma completa, integral, armónica*, en donde 'lo bueno' sea también 'lo verdadero', 'lo bello', 'lo justo' y 'lo feliz'.

La inteligencia que buscamos y que hemos de conseguir, dice Marina, debe luchar contra el cansancio, la pereza, el entreguismo, ya que a ella le gusta conocer, estar activa, crear cosas nuevas; la inteligencia, entre la *satisfacción* y el *esfuerzo*, no debe jamás someterse a lo inevitable, al destino, a 'lo dado', sino que *debe luchar por captar en su totalidad aquello que queremos aprender* con el fin de aumentar nuestra autonomía y nuestra libertad.

Así pues, el proyecto de inteligencia que nos propone Marina no sólo es lingüístico, sino que es un *proyecto ético, vital, impregnado por la sociedad a la que pertenecemos, conectado con la cultura en el que se desenvuelve nuestra existencia*. Por lo tanto, este ideal fracasará si no conseguimos una profunda comunicación con los demás seres humanos, con la clara intención de mejorarnos a nosotros mismos y de mejorar la sociedad en la que nos desarrollamos.

José L. Rozalén Medina